

la ambición de un soldado, ó guerrilleros en receso, que no podían vivir sino en el torbellino de las guerras civiles.

El desden con que los hombres de letras suelen mirar á los hombres de espada los induce á errores políticos graves y los espone á derrotas irreparables: y no es por cierto de las aulas de donde han salido los hombres de Estado más prácticos en la ciencia de gobierno.

Quedó así aislado el Sr. Lerdo, soñando en crear un partido nacional, no por la fusión, sino por la esclusión de los partidos militantes.

Y entre tanto constituyó su gobierno con los huérfanos del juarismo que no tenían mas cohesión entre sí que su justa adhesión á la memoria del ilustre muerto, pero que en cambio carecían de programa político. Y ni el Sr. Lerdo estimaba á los hombres de su gabinete, ni los juaristas lo estimaban á él. La sociedad, mas bien dicho la Nación, veía con su habitual indiferencia á aquel Gobierno que no teniendo la audacia de abordar los grandes problemas sociales y económicos de la época, y formidado por los imaginarios peligros del futuro, rehusaba toda mejora material que importara fuertes erogaciones al tesoro, y sobre todo, que nos pusiera en contacto con los Estados Unidos, y retrocedía ante la implantación de instituciones de crédito que debían dar un nuevo aspecto al país.

¶ Mas como no se estanca impunemente la marcha de un pueblo, pronto se sintió un malestar profundo en todas las clases sociales.

¶ La paz se conservaba, es verdad, pero el gobierno se ahogaba en el vacío neumático que había creado en torno suyo. La oposición porfirista comenzó á acentuarse en la prensa, á la vez que comenzaron á asolar á Michoacán las gavillas del clero levantadas contra las leyes orgánicas de la reforma.

¶ Habíase derramado mucha, mucha sangre, se habían gastado sumas exorbitantes y cuando algo se había apagado la revolución reaccionaria estalló la revolución de Tuxtepec.

El boletín militar de aquella revuelta, que triunfó por la cooperación insidiosa del juarismo que rodeaba al Sr.

Lerdo y que modificó completamente nuestro modo de ser, está redactado ya. Falta escribir la historia filosófica de aquella revolución cuyos factores de triunfo fueron tan heterogéneos, tan discordantes, y tan inconcientos, que ninguno obtuvo su resultante natural.

La revolución, que se preciaba de ser sinceramente constitucionalista, no hizo mas que preparar las dos siguientes evoluciones políticas de la Nación, el militarismo, y la reacción conservadora más cínica, más insolente y más fanática de lo que se había presentado con Márquez y Miramón.

Este movimiento reaccionario de México es forzoso: anclada la reforma, detenida en su desarrollo por el cansancio y la imprevisión del Sr. Juárez, y alentado el enemigo perpétuo del progreso, el clero, por las incalificables condescendencias del mismo Juárez que permitió la vuelta de los obispos, y la lenta é insidiosa trasgresión de la ley por los católicos, era imposible dar un paso adelante por los obstáculos que el mismo partido liberal se había creado en su marcha, dejando vigorizarse á los enemigos de la República, por el mismo desprecio con que los veía.

Para poder dar un nuevo impulso al progreso es necesario aguardar que acabe de crecer la reacción conservadora, para hacer la reacción socialista, que acabe con el clero y con los demás vicios que heredamos de la raza española.

¶ Pero no pasa bruscamente un pueblo de una república democrática á una reacción clerical: necesita un período de transición que es el militarismo, sea cual fuere la forma que éste adopte al apoderarse del poder.

¶ En Francia adoptó el imperio, para pasar de la república de 93 al terror blanco de los Borbones.

¶ Entre nosotros el militarismo proclamó los principios constitucionales en Tuxtepec, en Enero de 1876.

¶ Tras de aquel plan, en cuyas promesas nadie creyó, se transparentó al momento la personalidad del General Díaz. El porfirismo en el acto se preparó á la lucha.

¶ El Gral. Díaz, que en aquellos momentos no tenía elementos propios en Oaxaca, dividida entre los lerdistas dueños del poder y los juaristas insurreccionados

por la mano oculta de Mejía, Ministro de la Guerra del Sr. Lerdo, el Gral. Díaz fué á buscar al Norte de la república partidarios, y un nuevo campo á donde combatir.

Después de haber salido del país, y de haber atravesado los E. U. de América, apareció frente á nuestras fronteras del Norte, aunque al principio se mantuvo en el lado americano. Desde allí preparó la proclamación del Plan que más tarde reformó en Palo Blanco, la entrega de Matamoros y el levantamiento de Treviño, Naranjo, Cortina y Canales.

Carlos Diez Gutierrez, partidario cada vez más ardiente del Gral. Díaz, y más entusiasta por los principios que proclamaba la revolución, fué de los primeros que se lanzaron á la lucha.

Apenas supo, en el desierto en que vivía, que el Gral. Díaz había aparecido en la frontera, después de haberse puesto de acuerdo con el Gobernador de Tamaulipas, Servando Canales, marchó á Matamoros á ponerse á las órdenes del jefe de la revolución.

El Gral. Díaz, que no olvidaba los servicios prestados por su joven partidario en la revolución de la Noria, lo recibió con efusión, y, á pesar de su edad, le confió el mando militar del Estado de San Luis Potosí y su organización.

Estas ampulosas palabras con que los nombramientos revolucionarios autorizan tan ampliamente á sus caudillos, no significan en su esencia sino que se encomienda á un hombre que insurreccione una parte del territorio enteramente ocupado por el gobierno, y que esa empresa la acometa con cuatro ó cinco hombres desarmados y desnudos.

Así han comenzado todos nuestros movimientos insurreccionales, desde el de independencia proclamada en 1810.

Y así salió Diez Gutierrez de Matamoros con un poco de parque que le facilitó el Gral. Díaz, y unos cuantos hombres que no podían formar ni una escolta.

Llegó á Victoria de Tamaulipas, y de allí al Progreso, en donde su fuerza ascendía apenas á 20 hombres, con los cuales marchó rumbo á Tala, resguardado por 50 infantes. Logró reunir Diez Gutierrez 80 hombres, y arrojándose sobre la plaza, después de haber encontrado una ruda resistencia durante dos días, la ocupó haciendo prisionera á la guarnición.

En su genial caballería comprendió que los oficiales del gobierno no podían comprometerse á servirle á la revolución y los puso en libertad, ministrándoles algunos recursos.

Con los elementos de guerra de que se hizo en aquella plaza pudo reunir y organizar 500 hombres, y marchó sobre la ciudad del Valle, donde había una fuerza de la federación.

En su tránsito se había unido con Ignacio Martínez, á fin de emprender juntos aquella campaña.

Pero el gobierno que había sentido ya el incremento que tomaban los pronunciados por aquel rumbo, reforzó el punto, situando allí al coronel Ornelas, quien salió al encuentro de Martínez y Diez Gutierrez, los cuales se retiraron viéndose tan débiles, y con tropas bizonas y mal armadas frente las tropas federales, cuya organización era tan superior, y que hasta entonces jamás habían sido vencidas.

El Gral. Martínez contra la opinión de Diez Gutierrez, se separó de éste, quien á pesar de que llevaba á una media jornada de distancia á Ornelas que lo perseguía, continuó lentamente su retirada.

Las tropas federales alcanzaron al fin á las tuxtepecanas en un lugar que se llama el Mecho, donde el terreno es escabrosísimo. Diez Gutierrez se colocó con lo mejor de su fuerza en la retaguardia para apoyar la retirada del resto de ella, que se hizo con mucho orden, y en medio del fuego, perdiendo apenas los pronunciados algunos caballos por lo montañoso del camino; y contuvo al enemigo, yendo á acampar tranquilamente al Salto, á 7 leguas de las tropas federales.

El coronel Ornelas retrocedió entonces sobre el Gral. Martínez, dándole alcance y derrotándolo en Tula.

Diez Gutierrez entre tanto permanecía en el Salto, dando algun descanso á su tropa y reponiéndose de marchas tan forzadas hechas frente á fuerzas superiores en número y disciplina.

Allí recibió comunicaciones del Gral. Toledo participándole que con el Gral. Manuel Gonzalez pasaba de Matamoros para ir á la Huasteca veracruzana, llevando un numeroso tren de guerra; pero que los perseguía con fuerzas superiores el Gral. Pedro Martínez, por lo cual lo invitaban á que marchara en su auxilio.

El Gral. Gonzalez entonces consumaba, en efecto, esa sorprendente expedicion militar que nadie creía posible, pasar por aquella sierra inaccesible, que rara vez pisa planta humana, con artillería y un convoy de guerra que habia sacado de Matamoros, y que llevaba al ejército tuxtepecano de Oriente, que carecia de estos elementos.

El Gral. Diaz, realizada la ocupacion de Matamoros, habia llegado al Estado de Oaxaca, despues de haber corrido en Veracruz el peligro de ser capturado. Y poniéndose al frente de la revolucion solo aguardaba las fuerzas del Gral. Gonzalez para emprender operaciones decisivas sobre los Estados de Veracruz y Oaxaca.

Mas tarde tocaríamos los episodios finales de aquella campaña.

Carlos Diez Gutierrez, sin vacilar, y con todo el entusiasmo y buena voluntad con que servia la causa que habia abrazado, salió en el acto del Salto con 800 hombres, y conociendo perfectamente el terreno en que operaba, situó su fuerza en el otro lado del Tamesin, rio invadable en el punto donde está el pueblo de igual nombre, y fué con alguna caballería á incorporarse al Gral. Gonzalez al Tullillo.

El peligro principal se habia salvado ya, y las fuerzas tuxtepecanas estaban fuera del alcance de las federales, habiendo conseguido pasar la artillería. Despues de haber conferenciado largamente los tres jefes y dejado determinado el plan de campaña, el Gral. Gonzalez siguió para Tantoyuca con el grueso del ejército, y Diez Gu-

ierrez y Toledo marcharon con sus fuerzas para Tancanhuitz.

En esta poblacion recibió un comisionado del Gral. Negrete que lo invitaba para que se reunieran, á fin de operar reunidos, y sobre poblaciones de mayor importancia.

Se puso en camino con una pequeña escolta, y en la segunda jornada tuvo algunos indicios de que en su fuerza, que habia quedado en Tancanhuitz, podía haber algun desorden. Retrocedió para esta poblacion con tal rapidez, y oportunidad que pudo evitar un gran desastre.

La situacion era difícil, y vino á complicarla más la aproximacion del jefe lerdista Pedro Martínez que, trayendo á sus órdenes tropas aguerridas y disciplinadas, era quien más impedía los progresos de la revolucion. Diez Gutierrez tuvo que retirarse para Tamazunchale á donde lo siguió Martínez, pero de donde pronto retrocedió éste con su fuerza agotada y aniquilada por aquel clima mortífero. Diez Gutierrez, cuyos soldados estaban más aclimatados con las fiebres de aquella zona, pudo permanecer en Tamazunchale por algun tiempo aun haciendo algunas expediciones sin importancia como el ataque proyectado contra Rafael Olvera que estaba situado en Jálpan, y que no se realizó por no haber llegado Joaquin Martínez que lo habia solicitado.

Volvió Diez Gutierrez á Tamazunchale y de allí á Valles á organizar su fuerza, marchando á Victoria llamado por el Gral. Canales, á donde se convino, con Cuéllar y Loperena, el ataque de Tula. Al tornar á Valles encontró parte de sus tropas sublevadas: uno de los cuerpos se arrojó sobre la guardia, hirió al coronel Knight que quiso contener el desorden y se fugó en masa llevándose el armamento. Diez Gutierrez dió alcance á los fugitivos, castigó á los culpables, y consiguió con su energia moralizar su brigada.

En cumplimiento del compromiso que habia con traído marchó sobre Tula, á cuyas orillas llegó uno de los primeros, haciendo alto al saber que la guarnicion habia sido reforzada con numerosas tropas y artillería. Acampó frente á la ciudad en espera de las fuerzas de Tamaulipas, las que llegaron dos dias despues, manda-

das por Canales, Cuéllar y Loperena, formando así un numeroso cuerpo de ejército que avanzó sobre la ciudad, ocupándola por haberse retirado el Gral. Pedro Martínez que la defendía.

Días despues, salió Diez Gutierrez para el Valle del Maíz que también ocupó, extendiéndose por todo el partido de Hidalgo, y amagando seriamente á Rioverde.

El Gral. Servando Canales, que quería emprender la campaña bajo un plan mas vasto y decisivo, llamó de nuevo á Diez Gutierrez: obedeció éste la orden; pero no queriendo perder las poblaciones que había conquistado, dejó en el Oriente del Estado al Gral. Portillo con 500 hombres, y con 600 caballos fué á reunirse con Canales.

En Mier y Noriega supieron que Pedro Martínez venia siguiéndolos á muy corta distancia, y, en efecto, á poco se presentaron las tropas de la federacion en número muy superior á las de los roncucios.

Canales no pudo esquivar el combate y todo el día sostuvo el fuego, aunque sin resultado decisivo ni de una ni de otra parte.

En la noche reunió el General en Jefe una junta de oficiales en la cual se acordó retirarse en masa y fraccionarse despues, para salvar los elementos con que contaba cada uno de los jefes.

A las doce de la noche se consumó con toda felicidad el movimiento, retirándose el grueso de las fuerzas para las Antonias.

Pedro Martínez, que sintió el movimiento, emprendió al punto su marcha sobre los pronunciados, presentándose al frente de ellos en la madrugada del 18 de Octubre de 1876.

Retirarse y fraccionarse á tiro de fusil del enemigo era una derrota segura. Los gefes porfiristas lo comprendieron y se prepararon á combatir, dudando del éxito, vista la superioridad de las fuerzas federales, pero resueltos á disputar la victoria á fuerza de valor y audacia.

La batalla se empeñó sangrienta y terrible: las columnas gobiernista avanzaban á paso de carga, y si vacilaban un momento descompuestas por el fuego del ene-

migo, se reorganizaban á poco, y volvian á avanzar con un ímpetu mayor.

Por algunas horas el éxito estuvo dudoso; en la ala izquierda del ejército porfirista Martínez había sido seriamente rechazado; pero haciendo este general un esfuerzo soberano, se arrojó sobre el centro de las tropas de Canales con su brillante reserva.

Los pronunciados resistieron con valor, pero hubieran tal vez cedido ante las columnas federales, si Diez Gutierrez, que mandaba el ala derecha, no se hubiera lanzado á la carga con seiscientos caballos, flanqueando al enemigo y arrollándolo.

Este movimiento ejecutado con un orden admirable, y á la vez con la rapidez que requería, decidió el éxito del combate, restableciendo la ventaja á favor de los pronunciados, y decidiendo la derrota de Martínez, que se retiró con el resto de su fuerza, dejando mas de mil prisioneros, su artillería y sus trenes.

Diez Gutierrez persiguió á Martínez por el espacio de tres leguas, acabando de desorganizarlo y haciéndole más prisioneros.

Esta victoria, que costó la vida al valiente Loperena, aseguró á la revolucion la frontera del Norte, sobre todo, el Estado de Tamaulipas y parte del de San Luis.

Despues de haber levantado el campo y de haberse repartido los elementos de guerra tomados al enemigo, los gefes porfiristas se fraccionaron para ir á operar á las zonas que tenían encomendadas.

Cárlos Diez Gutierrez, con su fuerza aumentada con los prisioneros y con alguna artillería de que había carecido hasta entónces, se dirigió al Oriente de San Luis á reunirse con sus infanterías que, á las órdenes de su segundo en jefe Portilla, asediaban á Rioverde de que ocuparon al fin, por haberse rendido la guarnición.

La fuerza era ya de cerca de dos mil hombres, y tenía además la artillería que se había quitado al enemigo. Entónces estableció sólidamente su cuartel general en Rioverde, extendiendo por una ancha zona sus operaciones, y lanzando sus avanzadas hasta los alrededores de San Luis Potosí.

El joven soldado en nueve meses había hecho una

brillantísima campaña, durante la cual ni una mancha habia empañado su buen nombre. Su valor sereno y tranquilo jamás alardeaba las hiperbólicas manifestaciones, tan frecuentes en los que alcanzan alguna gloria con las armas. Su caballerosidad no se desmintió jamás con esas terribles excepciones del rencor político que enjendran las guerras civiles. No hay una mancha de sangre en su historia militar, de esa sangre que se vierte no en el campo de batalla, sino en el vértigo de la pasión y el odio. Leal con su causa, infatigable para sostenerla, y ardiente para propagarla, jamás persiguió á los partidarios de opinion contraria, y siempre indultó á los prisioneros y puso en libertad á los oficiales del gobierno que eran capturados.

Aquella breve y feliz campaña fué la base de su popularidad, porque las poblaciones que recorrió tuvieron en una alta estima al joven jefe que les dió todo género de garantías y les evitó los horrores de la guerra.

Así logró colocarse rápidamente entre los candillos de la revolucion, que trafa á la escena política una nueva generacion á consumir un progreso social.

Diez Gutierrez cumplió debidamente su mision.

Siguiendo los progresos de la revolucion en los Estados del Norte, tuve que desatender su marcha en el resto del país. Pero las dimensiones de este libro no me permiten hacer la historia de aquel cataclismo, que, haciendo un desgarramiento en la constitucion de 57, pudo implantar el militarismo en lugar del partido democrático.

Me desatenderé del incendio revolucionario de la república, y trazaré algunas líneas sobre el conjunto que presentaba la situacion, las necesarias tan solo para que se comprendan los últimos sucesos que vamos á referir.

El país, cubierto por fuerzas pronunciadas, dejó en un completo aislamiento al gobierno. El Sr. Lerdo, apesar de su clarísima inteligencia y de su valor civil in-

quebrantable, no pudo dominar la revuelta, porque no supo ó no quiso proceder con la energía necesaria para salvar el orden constitucional.

Acaso el cansancio moral lo enervaba, y su profundo excepticismo sobre los hombres y las cosas de su país alimentaba su inercia frente al conflicto que sacudia la base de su gobierno: sea lo que fuere, persistió en continuar la lucha con una apatía inexplicable, sin sentir ó sin preocuparse de la traicion que lo rodeaba, que se habia infiltrado entre los elementos oficiales, y que hacia imposible la victoria.

El Secretario de la guerra, oaxaqueño, que solia soñarse Presidente de la República, que era enemigo de la reeleccion del Sr. Lerdo, y que era el primero en proclamar que la legalidad de este terminaba el 30 de Noviembre de 1876, dirigia la campaña con la torpeza de un recluta, y desplegaba contra los insurrectos una lenidad insólita en su carácter: sin duda sus conferencias diarias con el venerable párroco de San Angel le habian inspirado sentimientos cristianos vivísimos, y entre ellos el perdón para los enemigos de su jefe.

El Presidente de la Corte, á su vez, se declaró competente, *in petto*, para computar á sus solas la eleccion presidencial, y se lanzó á hacer otra revolucion que proclamó en Salamanca, declarándose Presidente interino de la República.

Esta nueva emergencia debilitó mas los elementos de la federacion, privándola de los recursos del poderoso Estado de Guanajuato, y sembrando una nueva division entre las fuerzas del gobierno. Este contaba nada mas con la capital, y una que otra poblacion que ocupaban las fuerzas leales.

Pero llegó la hora en que estas desmayaran, sintiéndose aisladas ó vendidas: algunos gefes encargados de las operaciones mas importantes se batian sin fé y sin conviccion, y otros entraban en pláticas con el enemigo.

Bajo esta atmósfera enervante de desmoralizacion, se dió la batalla de Teacoac, cuyo éxito, dudoso durante siete horas, vino á arrancarlo al ejército federal el General Gonzales, que pudo llegar en auxilio del General Diaz, por la defeccion de un gefe lerdistia.

Alatorre, que mandaba las tropas del Gobierno, quedó enteramente derrotado, y llegó á la capital á presentarse al Ministerio.

El Sr. Lerdo, que habia olvidado el principio filosófico de Vico, de que la historia no se repite, creyó en la posibilidad de reproducir las épicas peregrinaciones de Juarez, salvando una vez la constitucion y otra la autonomia del país: y en la noche del 20 de Noviembre de 1876, abandonó la Presidencia, y en la madrugada del siguiente dia la capital, dirigiéndose á Morelia con su gabinete, un grupo de amigos y algunas caballerías que escoltaban aquella sombra de poder.

En su tránsito por un suelo incendiado por dos revoluciones, lleno de gavillas que proclamaban distintos programas, y privado de elementos, solo encontró la anarquía, la defeccion y el desaliento. Sintió que la causa lerdistá estaba perdida, y al ver su aislamiento, la dispersion de sus partidarios y la desercion de sus soldados, prescindió de la idea de establecer el Gobierno en la capital de algun Estado, y dirigiéndose á la costa, se embarcó en Zihuatanejo para los Estados Unidos de América.

Solo quedaron entonces frente á frente los porfiristas y los iglesistas, aquellos, fuertes, porque invocaban francamente la revolucion, y tenian de su parte la lógica brutal de la victoria, y estos, débiles, porque á la legalidad anfibia de su caudillo, parte constitucional y parte subversiva, se adunaba la falta de accion y de iniciativa de sus generales.

Si el Sr. Iglesias llega á la capital el 20 de Noviembre á recoger el mando que soltaba el Presidente, y si las tropas que lo reconocian avanzan rápidamente á apoyarlo, tal vez habria cambiado la situacion política del país.

Pero faltó en el iglesismo todo, la audacia, el concierto y la virilidad, que son los elementos indispensables de la victoria.

Las conferencias de la Capilla resolvieron la cuestion constitucional, sentando en ella su tesis al vencedor de Tecocac con la punta de su espada. El simulacro de batalla dado despues por Antillon acabó de desvanecer la pesadilla de Farsalia que habia soñado Guillermo Prieto.

Así se perdió en las sombras del olvido el Sr. Iglesias, arrastrado, mas que por la tromba de la revolucion, por la demencia soñadora de algunos líricos que lo rodearon: y sorprende que su alta inteligenia y su práctica en nuestras revueltas políticas, no le hubieran hecho comprender que mas imponente era frente á la revolucion su presencia bajo el dosel de la Suprema Corte, que su actitud de aventurero en los quijotescos campos de la revolucion legal.

Con la terminacion del motin de Salamanca se consolidó el de Tuxtepec. Los partidarios del Presidente de la Corte de Justicia y los gefes militares que lo habian proclamado tuvieron que hacer su segundo giro político, reconociendo al General Diaz, excepto algunos que se retiraron de la escena pública, y solo más tarde se adhirieron al nuevo orden de cosas.

Las capitales de los Estados del Poniente y del Norte fueron ocupadas por las fuerzas tuxtepecanas, y más tarde todo el país reconoció el gobierno emanado de la revolucion.

Cárlos Diez Gutierrez, revestido de prestigio y rodeado de partidarios llenos de entusiasmo y actividad, ocupó la importante ciudad de San Luis Potosí, capital del Estado, al frente de mas de tres mil hombres, y en medio de la mas espontánea y cordial ovacion popular.

Investido por el Gefe interino de la Nacion, en virtud de los poderes de la guerra, con el carácter de Gobernador y Comandante Militar del Estado, procedió activamente á la reorganizacion de este, siendo uno de sus primeros actos dar de baja dos mil hombres de sus fuerzas, á fin de aligerar los gastos públicos, tan gravosos para un erario empobrecido por la guerra civil.

No me toca hacer la historia de su administracion, porque esto seria dar á la semblanza que hemos trazado, un carácter político que no puede tener. Basta decir que salió de aquel alto puesto, á ocupar la Secretaría de Gobernacion, el 1º de Diciembre de 1880, trayendo el justo renombre que habia adquirido en su administracion, y un círculo de partidarios sinceros y amigos leales.

Tampoco voy á narrar sus hechos como Ministro, pues me está vedado hacer apreciaciones que, para fundarlas,

necesitaria recorrer una larga y laboriosa administracion.

Diez Gutierrez dió un vigoroso impulso á todos los servicios públicos que tuvo á su cargo, dejando planteadas útiles reformas en el ramo postal, en la Beneficencia, en la gendarmeria y en otros asuntos que mas reclamaban ponerse en consonancia con el progreso del país.

Acompañó en todo su período presidencial al General Gonzalez, y salió de la Secretaría de Gobernacion para ir á ocupar su asiento en el Senado, en los momentos en que el Estado de San Luis Potosí, por segunda vez, lo eligió para su gobernador constitucional.

El Sr. Carlos Diez Gutierrez, ocupa ya un lugar entre los hombres del porvenir.

Difícil, muy difícil, es hacer la silueta moral de un contemporáneo. Sobre todo cuando un biógrafo retrata al que ocupa un alto puesto público, el temor de que sus apreciaciones se estimen como una adulacion venal lo retrae coartando la libre manifestacion de su juicio.

Sin embargo, cuando se dice la verdad, y una aseveracion se funda en hechos indiscutibles, puede el cronista tener el valor que dan la franqueza y la rectitud.

Ni los enemigos mas apasionados de la administracion á la cual perteneció el General Carlos Diez Gutierrez han podido atacar su honradez, su patriotismo, su consagracion al servicio público y su perfecta caballerosidad.

Sus actos como hombre público están bajo el dominio de la prensa política; el historiador que solo pretende dar á conocer en el extranjero á los que han tomado parte en una evolucion política del país, tiene que estudiar la personalidad bajo otra faz, buscando su carácter moral.

Y en este punto confieso que apenas puedo descifrar el modo de ser de la individualidad que me ocupa.

Yo no he encontrado mas que contradicciones en el carácter de Carlos Diez Gutierrez.

Arrogante en su aspecto, correcto en sus maneras,

apasionado á ese lujo estético y severo que llaman los ingleses "*comfort*," frío en su dicion, y poco comunicativo en sus afectos, el observador superficial que quisiera juzgarlo por su porte, lo calificaria como un carácter insustancial, vanidoso y altivo.

Pero nada es más inexacto: cuantos se han acercado á él se han sorprendido al encontrar bajo aquellas maneras aristocráticas una sencillez republicana que encanta, y una bondad de corazón que seduce.

Carlos Diez Gutierrez es incapaz de hacer un daño, ni aun á sus enemigos. Y nunca podrán reducirse á cifras los bienes que ha prodigado no solo á sus amigos, no solo á los estraños sino á los mismos que lo han combatido.

Intransigente en materias de honor, satisfecho este, amás conserva un rencor, ni la memoria de una ofensa.

Dos defectos le conozco, que dudo se le acaben alguna vez, una prodigalidad excesiva, como quien tiene asegurada una póliza de la fortuna para el porvenir, y una desconfianza inmotivada de sí mismo que lo daña en el despacho de los negocios públicos.

Siempre cree superior cualquiera otra inteligencia á la suya, y esto lo hace consultar mucho á sus amigos que le inspiran confianza, y que muchas veces le son muy inferiores en capacidad.

Su carrera literaria fué perfecta, pero su inclinacion á las armas inconcientemente lo hacen creer en la superioridad ajena, desconociendo la suya propia.

De aquí vienen su lentitud en la resolucion de los negocios y la vacilacion en sus acuerdos: y no ha llegado á comprender que, despues de que en un asunto grave se han formulado muchos pareceres, solo ha prevalecido el suyo, como el mas atingente y acorde con la verdad.

Muy superior á sus consejeros áulicos, estos han sobrado en su administracion, y lo que en esta se ha hecho digno de aplauso se debe solo á él, sin saberlo y sin conocerlo.

Tampoco hay un átomo de ambicion en aquella alma: llega á los altos puestos públicos, no por obra de su iniciativa, que enteramente le falta, sino en virtud de la lógica inflexible de los sucesos históricos en que toina

parte: la corriente política lo eleva sin el menor esfuerzo de su parte, y lo sostiene un mérito que él mismo desconoce.

Pero aquí se tropieza con otra contradicción en el carácter que retrato. El hombre lento en su resolución y carente de aspiraciones, es cumplidísimo en sus labores administrativas é infatigable en las penalidades del campamento.

¿Hay pasiones en aquel corazón? No lo sé, pero lo dudo. En una sociedad tan corrompida como la nuestra, demasiadas seducciones deben rodear á un jóven pródigo, valiente y colocado en una alta posición social. Pero estoy seguro de que aquella frialdad de alma lo estancará en el límite del placer sin arrastrarlo á esas pasiones insensatas que gastan la vida y terminan por la decepción.

Está vedado pasar más allá en este análisis. He sido franco en estos trazos porque he dicho la verdad, como consta á todos nuestros contemporáneos.

Carlos Díez Gutiérrez no será un gémo que se destaque en la revolución social que necesita la república, pero sí es un patriota valiente y honrado con quien la patria puede contar en las horas de la desolación.

México, Noviembre 30 de 1884.

#### HILARION FRIAS Y SOTO.

#### DR. RAFAEL LUCIO.

Desde que la fiebre del renombre me lanzó á la insensatez de escribir y de lanzar mis escritos al torbellino de la publicidad, he recorrido todos los campos sujetos á la inteligencia, he tocado las cumbres con que sueña el delirio humano, y me he hundido en las cimas del dolor y la decepción.

Estoy cansado ya: es que al llegar al término del viaje encuentro que solo he recogido los frutos viscosos del engaño, y no he alcanzado mas que la convicción de mi insuficiencia.

¿Para qué escribir más? No he de conquistar ni un nombre, ni una altura, ya aborde las cuestiones sociales ó políticas, ya pretenda cernirme en el espacio tempestuoso del sentimiento.

No me queda más que admirar el renombre que otros adquieren, y hacer el apoteosis de los que han sabido levantarse sobre la multitud.

Así cooperaré en algo á levantar nuestras glorias nacionales, tan deprimidas por una prensa envidiosa y procaz.

Difícil es la misión del cronista, sobre todo cuando se narran sucesos de actualidad, y cuando se hace la biografía de los contemporáneos: ó la pasión falsea el criterio del escritor, ó la opinión pública imputa á éste las faltas de adulación y parcialidad, cuando tributa un homenaje al verdadero mérito, ó cuando es demasiado severo al censurar algun carácter moral.

Afortunadamente me toca ahora retratar una personalidad altamente respetada de todos los círculos sociales. Y aunque me cegara el afecto tan sincero que pro-